

Satiricón

Octubre
N°12

*Homosexualidad:
los que la
miran con cariño.
Las venganzas
de Roberto Arlt.*



*La censura madre
que nos censuró.
Embarazadas: panza
llena, corazón contento.
Filosofía en el baño.*

EL OTRO YO DEL GENERAL

NUEVO SUPLEMENTO A COLOR



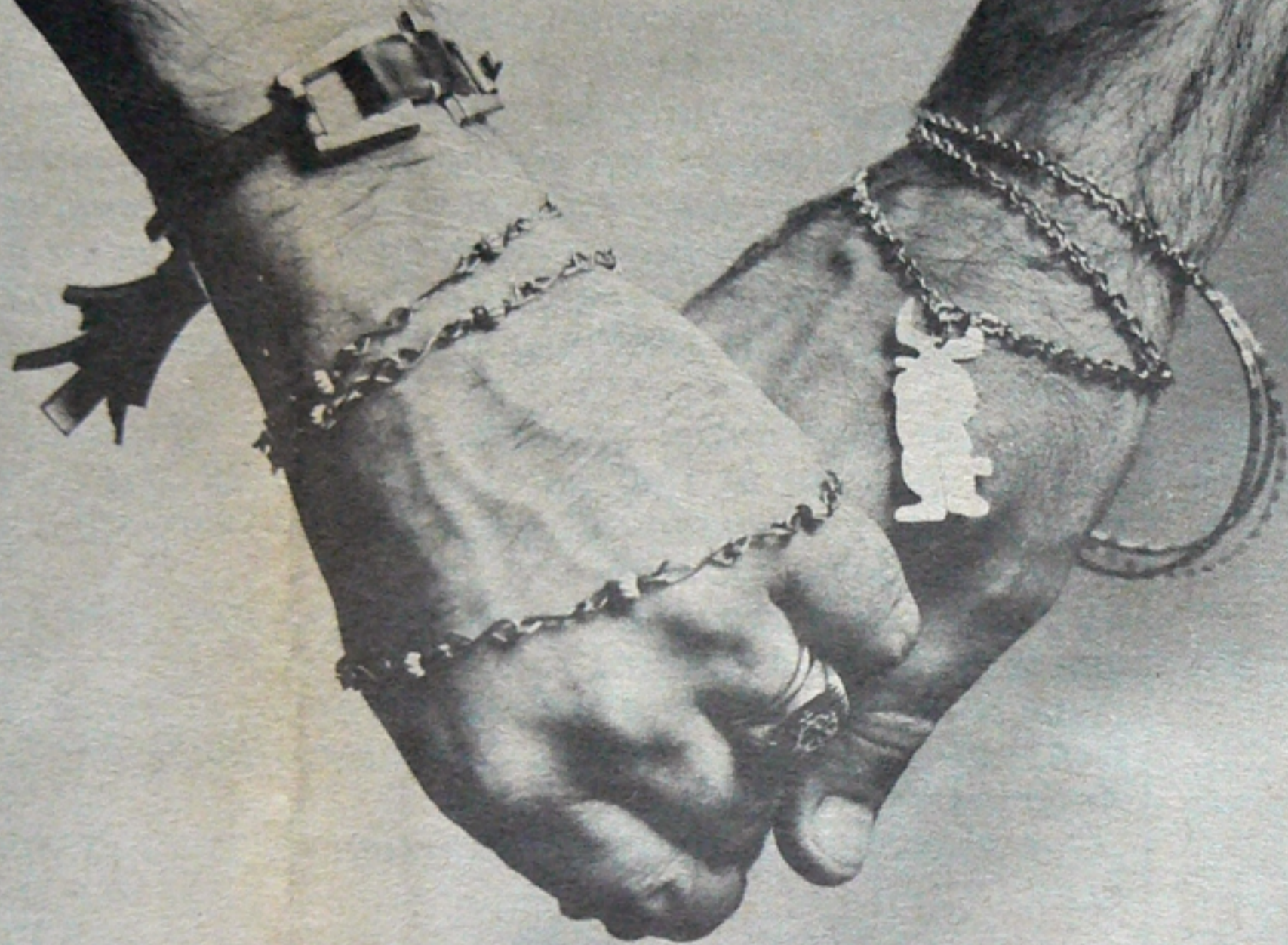
ILUSTRÓ: CASCIOLI

IMPRESA ARGENTINA

MINORIAS:

La ofensiva de la subcultura homosexual

Los que la miran con cariño



Infierno o limbo pero nunca paraíso, el mundo de los que no están de acuerdo en que pan con pan comida de zonzo, se nutre más de las formas de las cosas que de sus contenidos. El triunfo de lo equívoco como permanente alternativa es el sueño de pretender que la subversión de valores estéticos puede incidir más que otro tipo de revueltas. Lo testimonian también los empalmes secretos que se establecen en las estaciones de tren de la ciudad, el "levantante" en ciertas calles y a ciertas horas, las desesperadas inscripciones que chorean por las paredes de los baños, en los bares de todo Buenos Aires.

La subcultura homosexual existe y es ridículo negarlo, así como el poder del que dispone. Grandes actores, ejecutivos, publicistas, políticos y otros personajes, etc., son

homosexuales. Su influencia, o los destellos de ella, reptan a todos los medios de difusión, a todas las corrientes de opinión, a todos los espectáculos. No es casual que, en un

Así, en tanto la realidad parece definir lo innecesario de la agresión de la "loca" junto con la gratuidad de la culpa del que lo oculta celosamente, la moda, los hábitos, el lenguaje, rompen las barreras y determinan las primeras señales profundas de la agonía del prejuicio. Por supuesto, aún es posible seguir verificando cabezas que piensan como hace 20 años, pero cada día resulta más difícil resolver el asunto con un rabioso "marica de eme" y hay que apelar al "Para mí, este tipo es medio raro" o, como dice La Chona "Es enfermo, pobre muchacho".

año, 1973 por ejemplo, la revista "Así", cuyo espectro más vasto de lectores se detecta en las clases bajas, dedique una nota al Frente de Liberación Homosexual en el

que no se desliza una sola frase irónica, en un café-concert se haga "Reportaje a un homosexual" y en un teatro céntrico se represente "Extraño clan". Nunca como ahora

hubo tantos espectáculos de travestis, ni existieron mejores señales de convivencia que las actuales para los 600.000 argentinos que cada día corren el riesgo de ser cariñosamente rebautizados por sus coetáneos como "marcha atrás", "topu", "invertido", "pederasta", "ambidextro", "mariposón" o mediante las elipsis "hombre pero no fanático" o "la mira con cariño". ¿Qué pretende esta subcultura que rompe su aislamiento? ¿Un Buenos Aires con el Obelisco tachonado de **strass** y un nuevo uniforme para los carteros, con plumas de pavo real alrededor de las hombrecas? ¿Que, por ventura, todos los hombres y mujeres del país en edad de merecer, "atiendan por el otro teléfono"? Bastante menos. A través de las agrupaciones que actualmente la representan, la homosexualidad argentina quiere denunciar la represión a la que ciertamente es sometida como un síntoma de toda sociedad machista. ¿Llegará el día en que **pooffs** y vigilantes paseen del brazo y por la calle, platicando amablemente? ¿Deberemos arriesgar la sacrosanta salud moral de nuestros hijos por los oscuros designios de los que "patean para el otro arco"? Los homosexuales argentinos —parece— están en otra cosa. Su preocupación es tratar de denunciar que detrás del criterio de considerar a la inversión sexual como el mayor peligro o bien como lo que es, una enfermedad, también puede esconderse una módica definición ideológica.

Los homosexuales también son América

Los homosexuales argentinos conforman una minoría generadora de corrientes de opinión. Las casas, la ropa, los autos, los objetos, la renovación del lenguaje (cosas que de pronto importan a todos), también incluyen sus aportes. Padecer los rigores de la sociedad machista no les impide expresarse como individuos, aún cuando esa sociedad sancione con severidad sus arrebatos amorosos. A tientas, subrepticamente, van cincelando lo que la gente instruida llama "la subcultura homosexual".

Naturalmente, estas preferencias o definiciones atañen a un sector, a una minoría acaso poderosa, económicamente estable. Los barrios, los há-

bitos, inciden en gustos e identificaciones. En unos y otros, sin embargo, el goce de establecer una contra-cultura exige algo más que nombres propios. Es cuando surge la pasión por lo absurdo, el rescate antológico del desatino. ¿Qué es la subcultura homosexual? Un dramático, surrealista conglomerado de esplendor y patetismo, señales inherentes a toda marginación. Es por ejemplo:

- Amar el tarot, las hechicerías, la quiromancia, la grafología.
- Usar tapados de piel no tradicionales en invierno y trajes de baño de látex en verano.
- Adorar los zapatos con plataformas, los jardineritos, la ropa de terciopelo, los slipover estilo Ronald Colman, las mangas abullonadas en las camisas, los pantalones ceñidos en las caderas.
- Llenarse de abalorios (si es posible, oriundos de Brasil) en el cuello y pulseras en las muñecas.
- Usar lenguaje en código.
- Adorar las películas argentinas y las viejas comedias musicales norteamericanas.
- Haber leído **Fabrizio Lupo, Narciso y Goldmundo, El pozo de la soledad, Finisterre** y todos los libros de Peyrefitte.
- Soñar con un universo de vestidos de raso, grandes escalinatas de mármol, escotes espejo, rodetes tipo telefonista, heroínas que aman al hombre prohibido y héroes que padecen un mal incurable.

- Ser expertos en ballet, ir al Colón asiduamente o, por lo menos, ser melómanos consecuentes.
- En la opción, elegir siempre lo exagerado intentando subrayar su carácter "subversivo".

Entre la mediocridad y el talento, esta filosofía se apoya en que, si la hipocresía represora rige la vida social, porque hay que disimular constantemente, entonces se colige que la vida es teatro. El fondo musical de este universo es por supuesto, el bolero, el que cantaban Los Panchos en la década del 50 y sobre todo, el que ronroneó Elvira Ríos allá por 1942, cuando vino a la Argentina y su aspecto poco femenino hizo pensar a muchos que en realidad se trataba de un **travesti** de incógnito.

Cuestión de gustos

La autocrítica es un tobogán hacia el escepticismo, hacia la ironía. De allí a la hipérbole no hay más que un paso. Y ese paso es la pasión por lo **camp**. Según la norteamericana Susan Sonntag, "existe en la subcultura homosexual un gusto por los modelos inalcanzables que dificulta el sentido crítico y hace buscar una imagen de permanente gratificación. La inocencia aparece como un valor imprescindible para asumir lo **camp**".

Y vamos al **camp**, entonces, pero como modo de vida. Y con nombres propios, los de las deidades de este universo, los supremos intocables, inalcanzables, eternamente venerables:

- Greta Garbo,
- Vivien Leigh
- Fred Astaire
- Mecha Ortiz
- Cyd Charisse
- Laura Hidalgo
- Myriam de Urquijo
- María Casares
- Simone Signoret
- Zizi Jeanmaire
- Alba Mugica
- Nelly Daren
- Carmen Miranda
- Perlita Mux
- Blanquita Amaro
- Ginger Rogers
- "La Zuyi Moreno"

El sentido autocrítico riega la otra vertiente, la que define la caricatura de lo amado:

- Libertad Lamarque
- Lucille Ball
- Azucena Maizani
- Tita Merello
- Sarita Rivera
- Lola Flores
- Isabel Sarli
- Ramona Galarza
- Norma y Mimí Pons
- Ginamaría Hidalgo
- Niní Marshall
- La Chona
- Jorge Luz
- Los manuales para escribir por correspondencia.
- El culto al pánico a la vejez.
- Los libros de Vargas Vila
- Las canciones de Jacques Brel.
- La feroz competencia estética.
- La adoración por lo grotesco.
- Las vedettes de los teatros de revistas.
- Los diálogos de las películas de Armando Bó.
- Los almuerzos estelares por televisión.
- Los teleteatros de Alberto Migré, Gerardo Galván y otros.

Conclusión pretenciosa

Toda persecución a una minoría tiene un fin político, como puede probarlo con creces el travieso de Adolfo, aquel que llevaba el bigote cortón. Pero no existen ni los puros villanos ni las puras víctimas. No hay persona más "perseguida" que aquella que ha sido perseguida alguna vez. Admitirlo, para los homosexuales argentinos, puede ser una oportuna señal de advertencia, un camino para pescar que la pertenencia a una minoría, sea cual sea, no es motivo de orgullo. Creerlo es salir de Guatemala para meterse en Guatepeor —refugiarse en el clasista Frente de Liberación Homosexual, por ejemplo—, es egresar de una marginación para ingresar a otra.

